

Masaniello al pueblo, diciendo que alabara á Dios y á su Madre Santísima por la merced que les había hecho, y que obedeciera fielmente á S. M. y al virey en su nombre. Con esto se sosegó la plebe, que llevaba ya cinco días en armas (1). Permaneció sin embargo armado, y atrincheradas ó barreadas las calles; y por espacio de dos días, lo que antes no había sucedido, diéronse muchos á saquear á los mercaderes y ministros que aborrecían, sacando algunos de los conventos de frailes y de monjas en que se habían refugiado.

Debemos advertir que en estos días terribles fueron tantas las escenas de saqueo, de incendio, de sangre, de desolación y exterminio, que como dice un historiador de estos sucesos, «los gritos de *muera, muera*, resonaban por todas partes; cuerpos destrozados yacían aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos: nada había seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos.» Unas veces por noticias vagas esparcidas con dañada intención, otras por imprudencias cometidas por los nobles y magnates que se metían á mediadores para apaciguar el pueblo, otras por palabras de los bandos del virey que los sublevados creían ofensivas, hubo días y noches en que el populacho, *il fidelissimo popolo* que llamaban los jefes del tumulto, se entregó con frenética furia á todo género de excesos cuyos pormenores horroriza leer. Hubo momentos en que la populosa Nápoles parecía una inmensa hoguera; tantas eran las que había encendidas para reducir á pavesas las casas de los ricos y nobles, y que atizaban con repugnante gozo hombres, mujeres y niños. Húbolos en que las indomables turbas pudieran saciarse de sangre, si en tales casos se pudieran saciar, y en que presentaban con horrible júbilo á Masaniello clavados en picas la cabeza y los miembros de cualquiera ilustre víctima que despues de infinitas pesquisas lograban haber á las manos, habiendo quien pidiera un trozo de su cuerpo para devorarle crudo, como sucedió con el pié de un hermano del duque de Maddalane. La plaza del Mercado, cuartel general de Masaniello y su tribunal de justicia, se hallaba toda circundada de cabezas, que tenían la bárbara calma de ir colgando con mucha simetría. En vano los padres dominicos y teatinos salieron varias veces en procesion, llevando al Señor Sacramento, para ver de calmar la desenfrenada muchedumbre. Los insultos y las profanaciones obligaban á los religiosos á volverse á sus conventos, no sin peligro de sus vidas. Se estrema el corazón de leer algunas de las escenas que pasaron dentro de aquellos mismos asilos de religion y de piedad que nosotros nos abstenemos de describir (2).

seros. Recibióla la guardia con los honores de capitán general, y fué subida en silla de manos con cortejo de gentiles-hombres, pajes y alabarderos ó introducida hasta el gabinete de la duquesa.—Sea V. I. muy bien venida, le dijo la vireina.—Y V. E. muy bien hallada, le contestó la esposa del dictador de Nápoles: V. E., añadió, es la vireina de las señoras, y yo la vireina de las plebeyas. Don Juan Ponce de Leon, sobrino del duque de Arcos, tomó en sus brazos un niño de pecho, sobrino de la pescadera, le besó con la mayor ternura, y le enseñaba á todos como un portento. La duquesa indicó á la Masaniello lo conveniente que sería que su marido aceptara del virey las altas mercedes que estaba dispuesto á otorgarle, y que se retirara del mando para que pudiera restablecerse la tranquilidad. *Todo menos eso*, respondió la vireina de las plebeyas, *pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mía. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor virey y Masaniello, este gobernando el pueblo, y aquel á sus españoles.* Sorprendió y dejó cortada á la duquesa tan terminante respuesta, y puso fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron con el mismo aparato y ceremonias con que habían venido. Parece inconcebible tanta degradación.—Rivas: Sublevación de Nápoles, cap. XVIII.

(1) Decía el de Arcos al rey, al llegar aquí, con una candidez admirable: «Ha sido grande el consuelo de esta aclamación universal. respecto del riesgo en que la paz y la quietud pasada de esta ciudad y reino se ha visto, pareciendo á todos suceso milagroso que un pueblo encendido en tan grande violencia se haya sosegado en término tan breve, asegurándome que la lista de los soldados que han tomado armas han llegado á ciento veinte mil hombres.—Al leer esto aisladamente cualquiera creería que había empleado los medios mas ingeniosos ó mas heroicos para aquietar la ciudad: pero sosegar de pronto un pueblo á quien se concede todo lo que pide, cierto que no tenía gran cosa de milagroso.

(2) De Santis, Giraffi, Doncelli, Capacelatro, Agnello de la Porta, en

El sábado 14 á la tarde se hizo solemnemente la jura de los nuevos privilegios y concesiones. Colgadas y regadas las calles, salió el virey de su castillo en carroza, precediéndole el Electo del pueblo y Masaniello, y marchando detrás los coches de los ministros del consejo que llamaban Colateral, todo muy en orden y en medio de una muchedumbre que llenaba las calles del tránsito. El cardenal Filomarino vestido de pontifical leyó los privilegios al pueblo y los juró el virey á nombre de S. M. Concluida la ceremonia, Masaniello, vestido con un traje plateado y riquísimo que el arzobispo le había hecho tomar, arengó otra vez al pueblo en medio del silencio mas profundo, y se volvió la comitiva con la misma solemnidad.

Desde aquella tarde se desvaneció la cabeza de Masaniello. Ya la entrada en los salones de palacio, las familiaridades con el virey, los honores que le hacía la guardia, y otras consideraciones en que no pudo soñar nunca el pobre vendedor de pescado, le habían turbado bastante. El vestido bordado de plata, el mullido sillón, el roce con los magnates, el placer de mandar y ser obedecido (3), le acabó de fascinar y le trocó en otro hombre. Tomó gusto al mando, sintió pasiones descomulgadas, imaginó grandezas, y el que como pescadero había sido valeroso, intrépido, generoso, activo y hasta inteligente, se convirtió como autoridad en un tirano desatentado, y en un avaro sediento de oro. Corría las calles á caballo con la espada desnuda y altivo semblante insultando la humilde plebe, de que él acababa de formar parte: pensó en construirse un magnífico palacio, y se dió á todo género de excesos. El pueblo, ofendido de tan repentina mudanza, correspondió con muestras de aborrecimiento al mismo á quien las había dado de idolatría; él lo conoció, receló que intentaran matarle, y se adelantó á hacer víctimas y á derribar cabezas como un demente. Sus temores se cumplieron. Un día le sorprendió en un convento una cuadrilla de asesinos, que algunos suponen pagados por el duque de Arcos, y allí mismo le cosieron á puñaladas; llevaron despues su cadáver al palacio con grande algazara, presentáronse al virey, que le recibió tambien con demostración de júbilo, y concluyeron por arrastrarle en triunfo por las calles (4). Pero lo mas maravilloso es (y no habrá en la historia ejemplo que pruebe mas la versatilidad é inconstancia de un pueblo cuando se le deja marchar desbocado y ciego) que al día siguiente, hallando el populacho nuevos motivos para renovar sus excesos, comenzó á lastimarse

sus relaciones antes citadas.—Había una *Compañía de la Muerte*, formada de la mas relajada juventud, y en la que dicen algunos figuró en primer término el célebre pintor Salvador Rosa, que pintó en admirables cuadros varias escenas de la sublevación.

(3) Hé aquí la descripción que hace el duque de Rivas de la formalidad con que había ejercido Masaniello la suprema autoridad del pueblo de Nápoles. «Hizo (dice) levantar en la plaza del Mercado un tablado con un palco, en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale, y del nuevo electo Francisco Arpayá, administraba justicia, expedía decretos, daba sentencias, oía quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intención y recto juicio, los asuntos mas graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado, decidiendo sin apelación en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decisión absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que antes de pronunciar Masaniello sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponía la mano en la frente, como para reflexionar, pero realmente para poder oír al consejero. Y que un día que para darse importancia dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez para poder registrar con acierto, me inspira el Espíritu Santo: le contestó un chusco: Di que te inspira el Padre Eterno:* aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blanca.» Rivas, Sublevación de Nápoles, cap. XI.

(4) El virey acerca de este hecho decía solamente en su parte: «El línes no hubo cosa memorable, mas que algunos desatinos de Masaniello, el cual desde el sábado había empezado á delirar. El marqués le hizo quitar la cabeza el pueblo, y la trajeron á palacio á presentármela con increíble alborozo y con inmenso número de pueblo, con la aclamación ordinaria del nombre de V. M. y el mio, y arrastraron el cuerpo destroncado...»

de aquella muerte como de una gran calamidad, se volvió á recoger el cadáver de Masaniello, se le hicieron toda clase de honores, y no pocos le adoraban como á un mártir y como á un santo.

Oigamos la relación del mismo virey, tal como la hizo á S. M. «Y prosiguiendo, dice, en la locura y devaneo de esta canalla, el miércoles adoró el pueblo á Masaniello como á beato: por aquí se verá su inconstancia y variedad y error: publicó haber resucitado, y siendo un pícaro y hombre bajo á quien todos conocieron por blasfemo, y que se sabía había diez años que no se había confesado, hubo hombre de los del pueblo tan bárbaro y escandaloso, que lo aseguró diciendo que le cortasen la cabeza si no era verdad que Masaniello estaba resucitado, y que él lo había visto, tanto que obligó á que le tuviesen en palacio hasta averiguar la mentira, con que cayó de su maldad y embeleco, porque el pícaro está ya comido de gusanos; y en lugar del puesto que se le dió le debían haber ahorcado como lo merecía (1); y al embustero le dejé ir libre mereciendo lo mismo, por no dar materia al motin, y que se ocasionasen de aquí mayores insultos. Sin embargo, fué continuando el tumulto la adoración de Masaniello, el cual en sola la diferencia de un día pudo llamarse tribuno, legislador y rey, porque en la plebe, en las leyes y en las voluntades tuvo tan absoluto poder y dominio, que por fuerza ó de grado no hubo hombre que no le obedeciese.»

Sobrecitado otra vez con esto el pueblo, acaso instigado por bajo de cuerda, ó temiendo el castigo de sus crímenes, ó mal avenido con el orden, renovó el tumulto con igual ó mayor furia y empuje. Un día se arrojó de improviso sobre varios puestos militares y los forzó, atacó la plaza de palacio, donde sostuvo una sangrienta refriega con la guardia de tudescos, hizo una matanza horrible de españoles, alemanes y nobles napolitanos, y colocó baterías dominando las fortalezas de San Telmo y Castilnovo. Pensaron luego los tumultuados en poner al frente del movimiento un jefe de valor, inteligencia y reputación. Invitaron al valeroso Carlos La Gatta, el cual se negó resueltamente, acreditando mas con esto su acrisolada lealtad. Mas débil el marqués de Toralto, príncipe de Massa, aquel que con tanto heroísmo había defendido últimamente á Tarragona contra los franceses, ó porque tuviera á su esposa en poder de los insurrectos y creyera cortar mejor la revolución poniéndose al frente de ella, ó por otra causa que á su honrado carácter se le representara justa, tuvo la flaqueza de ceder á las instancias de los sediciosos, precisamente cuando la insurrección se extendía ya á otras ciudades de Nápoles, y algunas de ellas enviaban considerables refuerzos á los de la capital. Impacientes los sublevados por pelear, atacaron formalmente el palacio, donde se hallaba el tercio viejo de napolitanos, y entonces el virey mandó romper el fuego de la artillería de los dos castillos, sufriendo así la ciudad los horrores de un mortífero combate. Merced á la industria y manejo de Toralto, que deseaba sinceramente la paz, se entró en proposiciones de capitulación, y hubo con este motivo algunas horas de reposo.

En tal situación se avistó la escuadra española (1.º de octubre, 1647), que al mando de don Juan de Austria había sido enviada por la corte de Madrid para combatir la rebelión de Nápoles. Componíase la armada de veintidos galeras, doce naves gruesas y catorce buques menores, y los tres tercios de españoles y uno de napolitanos que llevaba á bordo, sacados de Cataluña, hacían un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres. Sabedor de esto el príncipe de Massa, aconsejaba la sumisión á los sublevados, á quienes por otra parte se trataba de ganar con promesas; mas ellos, ni se fiaban ya de las promesas de los españoles, ni ya tenían confianza en Toralto, á quien comenzaban á mirar como poco fiel á la causa de los que le habían proclamado. Así las cosas, despues de muchas juntas y conferencias para tratar de la pacificación, y de acuerdo el de Arcos y don Juan de Austria, rompieron á un mismo tiem-

(1) El buen duque de Arcos no advertía que con estas palabras estaba haciendo su propia acusación y proceso, puesto que él era quien se había degradado compartiendo su autoridad con la de aquel hombre, agasajándole y colocándole en este puesto á que se refiere.

po el fuego los cañones de los castillos y de los bajeles sobre la población. El pueblo armado, en número de mas de cien mil hombres, animado por los franceses y por una parte del clero del país, y reforzado ya por las compañías que de las provincias iban acudiendo en su socorro, sostuvo tenazmente el combate por muchos días, así contra los cañones de los fuertes, como contra los cuatro mil hombres que desembarcó don Juan de Austria, los cuales no pudieron penetrar en las calles, que encontraron barreadas, y fueron arrojados de la calle de Toledo y de los puntos que intentaron ocupar. Por todas partes iban llevando ventaja los rebeldes, y sin embargo, aun logró el príncipe de Massa que pidieran una tregua; negósele con poca meditación el de Arcos, y se renovó con desesperada furia la pelea. Otra vez se vió que iban vencedores los insurrectos, y entonces el virey, deponiendo su altivez, propuso él mismo la tregua que antes imprudentemente había rehusado. Toralto y el pueblo la rechazaron ahora á su vez, y desapareció toda esperanza de avenencia; banderas negras y rojas se enarbolaron en las torres de las iglesias y palacios.

«El continuo tronar de tanta artillería (dice el moderno historiador de estos sucesos), el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritaria de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres, que corrían en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantoso rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destrucción completa de su hermosísima capital.... Declinaba la tarde, y continuaba mas encarnizada la pelea.... y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y la matanza, habiendo sido aquel funesto día uno de los mas espantosos que ha pasado ciudad alguna.... (2).» Estos horribles combates se repitieron todavía los días siguientes.

La sangre corría á torrentes por las calles de Nápoles. Se calcula en doce mil los hombres del pueblo que perecieron en los diferentes días que duró tan sangrienta lucha, y en cerca de dos mil casas derribadas; porque pasaban de quince mil las balas de cañón que se habían arrojado de los castillos y de las galeras; muchos soldados habían sucumbido tambien. El príncipe de Massa, de quien ya el pueblo andaba receloso por su equívoca conducta, fué horriblemente sacrificado á la furia popular, pagando así lastimosamente su primera flaqueza. Habiendo estallado con daño de ellos mismos una mina hecha por los insurrectos, á pesar de haberlo advertido así antes el de Toralto, apellidándole traidor, se arrojaron sobre él y le hicieron pedazos, cometiendo luego las mas repugnantes crueldades con el cadáver del noble caudillo (3). En reemplazo del desventurado Toralto nombraron las turbas generalísimo á un maestro arcabucero llamado Genaro Annesse (22 de octubre), hombre ignorante y vulgar, bien que dejando la dirección de las armas á Brancaccio, antiguo maestre de campo

(2) Rivas: Sublevación de Nápoles, tomo II, cap. XI.

(3) El hecho fué, según Vivanco, que los rebeldes quisieron hacer una mina para volar el castillo de San Telmo, y con él al virey y á los que le rodeaban; que Toralto trató de disuadirlos de la idea, diciendo que la mina daría en Peña Viva, y reventaría contra ellos mismos; que á pesar de eso ellos insistieron, hicieron la mina, la volaron, y sucedió lo que Toralto les había pronosticado. Sin embargo, como ya le tachaban de amigo de los españoles, sospecharon que lo había hecho á propósito con malicia, porque era realista y noble. Luego el historiador refiere así su muerte: «Un hombre de los mas bajos de ellos (dice) le atravesó con una espada, acudieron todos sobre él, y con aquella furia infame le cortaron la cabeza, le colgaron de un pié, y le sacaron el corazón, y se le enviaron á su mujer, que era de particular nobleza y hermosura; inhumanidad mas que bárbara, y que no se oyó contar de caribes ni trogloditas, ni de otra nación mas indómita, de suerte que todos rehusaban ser cabezas por no caer á sus piés, porque todos los iban matando, y estaban sedientos de sangre humana.» Hist. MS. de Felipe IV, lib. XVI. *Muerto* (dijo al espirar este desgraciado caballero) *por Dios, por el rey y por el pueblo, pues juro que mis acciones todas se han encaminado solo á conciliar los ánimos para dar paz á mi afligida patria.* De Santis: Capacelatro, MS.—De Turnis, y los demás autores contemporáneos.

general y muy enemigo de España. En este período de la revolución se declararon los napolitanos independientes del gobierno español, y en este sentido publicaron un manifiesto á la Europa; cosa que nadie extrañó, porque era ya lo menos que de aquella revolución podía esperarse.

Mas como entre tanto hubiesen ya formado los nobles un pequeño ejército contrarrevolucionario en la campiña, con el cual recorrían los alrededores de Nápoles y tenían como bloqueada la ciudad, fuéles preciso á los populares salir también á combatir los de fuera. En los primeros encuentros llevaron igualmente la mejor parte los amotinados; no sucedió así despues, porque el general Tuttavilla que mandaba las tropas de los nobles, derrotó en varios combates parciales muchos grupos de los rebeldes, y fué estrechando á los de la ciudad en términos que comenzaba ya á aquejarlos el hambre, y con ella á decaer el espíritu de los sublevados.

Ocurrióles en esto una nueva idea, que al pronto pareció iba á producir la pérdida definitiva de Nápoles para España. Encontrábase en Roma el duque de Guisa Enrique de Lorena, que como descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, aun alegaba derechos y mantenía pretensiones al trono de Nápoles. No se hallaba del todo extinguido en aquel reino el antiguo partido anjevino, y en esta ocasion parecióles que el modo de sacar triunfante la insurrección era poner á su cabeza un jefe de tan ilustre prosapia, y como tal le proclamaron, cesando en sus funciones el grosero caudillo Genaro Anese. El de Guisa, que, como dijimos, se hallaba en Roma cuando llegaron los diputados napolitanos, embarcóse con permiso del embajador de Francia, y llegó despues de mil peligros á Nápoles, donde fué recibido con honores casi régios. Entonces los napolitanos se creyeron bastante fuertes para proclamarse enteramente independientes de España, y erigirse en república al modo de las Provincias-Unidas de Holanda. Dieron al de Guisa iguales prerogativas á las que allá gozaba el príncipe de Orange, con los títulos de generalísimo y de defensor de su libertad, y quitaron las armas de España de todos los edificios públicos (1). Vióse con escándalo al arzobispo y cardenal Filomarino asistir á la ceremonia de la proclamación de la república, al modo que antes lo hizo á la de los privilegios, y bendecir la espada del de Guisa como antes había bendecido la de Masaniello.

El de Guisa organizó la insurrección: publicó indultos y premios: arrojó á los españoles de un arrabal que ocupaban; acometió despues á Aversa, cuartel general de los nobles, y se apoderó de la ciudad. Levantáronse en su favor las provincias de Salerno y Basilicata; y cuando luego se vió arribar á la bahía de Nápoles la escuadra francesa al mando del duque de Richelieu, compuesta de treinta y nueve navios de línea, once brulotes y veinte galeras, no hubo quien no se persuadiese de que Nápoles iba á emanciparse definitivamente del dominio de España. Y así hubiera sucedido si los ministros de la reina Ana hubieran ayudado de buena fe al de Guisa; pero aquellos, y en especial el cardenal Mazarino, veían con celos el engrandecimiento del jefe de la casa de Lorena, y de mejor gana hubieran hecho de Nápoles un reino para el monarca francés que ver al de Guisa mandando en aquella hermosa parte de Italia. Así fué que las instrucciones que llevaba el de Richelieu mas eran para comprometerle que para ayudarle, y él se mostró mas afecto al plebeyo Genaro Anese que al magnate francés. Comprendieron los españoles todo el partido que podían sacar de aquella division, y aprovechando la indecision ó la tibieza del de Richelieu, reunió don Juan de Austria la dispersa escuadra española, y con ella presentó la batalla, que aunque duró seis horas no tuvo un resultado decisivo. Cuando el hijo de Felipe IV se disponia á empeñar de nuevo el combate, se vió, no ya con gran sorpresa, que el de Richelieu se daba á la vela volviéndose á las costas de Francia; testimonio evidente de que no queria dejar al de Guisa el fruto de la victoria, aunque hubiera podido conseguirla (2).

(1) Gacetas de Francia de noviembre y diciembre de 1647.—Capece-latro, MS.—Conde de Módena, Hist. de esta revolución.—Parrino: Teatro eroico, etc.

(2) Memorias del duque de Guisa.—Larrey y Limiers, en sus Histo-

rietas del reinado de Luis XIV.—L'état de la republique de Naples sous le gouvernement de Mons. le Duc de Guise, trad. del italiano, por M. Marie Tourge-Loredan.

Fué aquel el primer síntoma de la decadencia de la revolución. Si bien entre la nobleza napolitana y el general Tuttavilla había también disidencias y disgustos, hasta el punto de verse obligado el de Arcos á separar aquel general y conferir el mando de las fuerzas de los nobles al maestre de campo Luis Poderico, era mayor el descontento del pueblo de Nápoles al observar las costumbres licenciosas, la soberbia y el desvanecimiento del de Guisa, á quien por otra parte veían faltar el apoyo y la protección de la Francia, con que habían contado y les había servido de incentivo para llamarle. El duque de Arcos intrigaba y trabajaba para fomentar aquel germen de desavenencia, en lo cual era tan mañoso el virey como poco prudente para gobernar. Y como al propio tiempo ardía la guerra civil en las provincias, comenzó á notarse, lo mismo que sucedió en Cataluña y es comun cuando se prolongan las revoluciones, cierto cansancio de la guerra y cierto caimiento en los ánimos, que son las mas veces los síntomas que anuncian la reacción.

Tomó el joven don Juan de Austria, cuando estaban así las cosas, una medida oportunísima, que la necesidad estaba imperiosamente reclamando. Dando cierta amplitud á los poderes que le otorgara el rey su padre para componer aquellos disturbios, bien que oyendo en consejo á los capitanes de mas autoridad, tomó sobre sí el vireinato, cesando por lo tanto el de Arcos en las funciones de virey, que en mal hora desde el principio había desempeñado. Pero el gobierno de Madrid, sin reprimir á don Juan de Austria por un acto que en el fondo aprobaba, aunque no fuese muy legal la forma, nombró virey y gobernador de Nápoles al conde de Oñate, antiguo representante de España en la corte imperial, embajador á la sazón en Roma, hombre de largos y acreditados servicios, tan hábil como recto y severo, y el mas á propósito que podía haberse buscado para el caso; nombramiento hecho con un tino, raro entonces en la corte de España.

Cuando llegó el conde de Oñate, ya don Juan de Austria había puesto en buen lugar las armas españolas, resistiendo fuertemente un ataque general que los rebeldes de dentro y fuera de la ciudad habían dado á todos los puntos ocupados por las tropas de España (febrero, 1648), sin perder una sola posición, siendo uno contra diez los combatientes, y habiendo menudeado los asaltos todo un día y parte de la noche. Era el de Oñate tan buen guerrero como hábil diplomático. En este último concepto supo explotar bien las murmuraciones que ya andaban por el pueblo contra el de Guisa, á quien aborrecían muchos. Como guerrero se aprovechó mejor de un desacuerdo que cometió el francés, solo comprensible en un hombre á quien la presunción desvanecía. Súpose en Nápoles que unas galeras españolas se habían apoderado de la isla de Nisida, situada á pocos pasos del promontorio de Posilippo. El de Guisa, como si toda la ciudad se mantuviera en su devoción y estuviera bien guardada y segura sin su presencia, tomó cinco mil hombres escogidos, preparó los barcos correspondientes, y se aprestó á arrojar los españoles de la isla. Este fué el momento oportuno que escogió el de Oñate para dar un golpe de mano sobre la ciudad. Tenía el virey pocas tropas, pero mandábanlas excelentes y muy ilustres cabos, contándose entre ellos don Juan de Austria, el marqués de Torrecusa, Tuttavilla, Carlos de la Gatta, don Diego de Portugal, el marqués de Peñalba, y otros muy distinguidos capitanes.

Distribuidas convenientemente las tropas bajo la disposición de tan valerosos jefes, dispuso un ataque general y simultáneo á todos los puntos enemigos. Faltábales el de Guisa, faltaba la gente que mas valía de los rebeldes, había quedado mucha chusma, de esa que en las revueltas populares tiene mas interés en no dejar las armas, hombres terribles, pero en quienes entra fácilmente la confusión cuando no hay quien los guie con orden. Esto sucedió cabalmente; sorprendidos con tan impensado ataque, desordenáronse despues de una corta resistencia, y al verlo los vecinos honrados, los que es-

